

EL OBTUSO

-No estoy de acuerdo contigo, José. La mujer lleva las tareas de la casa, el cuidado de la familia y, además, el trabajo que desempeñe fuera; el hombre seguro que no sabría hacerlo todo.

-No te digo que no, Miguel, pero ¿por qué pueden hacerlo? Sencillamente porque sus maridos les ayudan, cosa que no comprendo. Cuando yo era niño, jamás vi a mi padre mover una silla, ni llevar un plato a la mesa y, mucho menos, acercarse a ninguno de mis hermanos o a mí, que era el que hacía siete y el más pequeño. Si alguna vez mi madre le decía que nos cuidara mientras ella preparaba la cena o hacía alguna otra cosa, él siempre contestaba que eso eran cosas de mujeres; se iba al bar y volvía cuando todo estaba arreglado. A mí me gustaba su forma de mandar: nadie rechistaba; ni mi madre se atrevía, ya que tenía el genio vivo, y ella prefería agachar la cabeza y no provocarle. Una vez escuché a mi madre decirle a su hermana: "Si no fuera por los niños, no estaría ni un minuto más en esta casa." Entonces le pregunté a mi padre si es que mi madre se iba a marchar y me contestó: "No se va a marchar. ¿Dónde crees que puede ir, si solo sabe criar? Se moriría de hambre. Aquí el que trabaja soy yo, y ella está en la casa, que es donde debe estar." Yo hice lo mismo que él: mi mujer no ha trabajado desde que nos casamos; ha cuidado de sus hijos y de mí, y cada uno sabe dónde debe estar.

-José, ¿por casualidad le has preguntado a tu mujer si a ella le gusta vivir según tus deseos, o si esperaba algo más de lo que tú le has impuesto?

-¡Pero qué tonterías dices! En mi casa no hay nada que discutir. ¿O crees que voy a permitir que cada cual haga lo que quiera? Por eso va el mundo como va: falta autoridad y respeto y, si no lo hay, las mujeres se desmadran y dejan a sus maridos por el primero que encuentran. Y eso no me entra en la cabeza, no lo entiendo.

-No es difícil de entender. Los tiempos han cambiado: las mujeres trabajan y pueden vivir de su sueldo, y si su marido es como tú y quiere imponer su voluntad, o es una santa como tu mujer o se arma el lío padre. Uno de los dos tiene que ceder: o bien llegan a un acuerdo o terminan por separarse.

-Pero ¿cómo es posible que un hombre permita que su mujer haga lo que quiera? Eso en mi casa nunca pasará: allí mando yo y mi mujer está tranquila y feliz. Ahora que nos hemos quedado solos, tiene tiempo de ver las novelas de amores que tanto les gustan a las mujeres, aunque, la verdad, no sé si a ella le llaman la atención esas cosas.

-¿Se lo has preguntado? ¿Te has interesado alguna vez por saber si tenía algún capricho, o si se sentía agobiada por estar siempre en la casa, cuidando de todos?

-No dices más que tonterías, Miguel. ¿Acaso tú le preguntas a tu mujer por todas esas chorradas? Tú tienes mi edad, no eres un joven de los que van detrás de sus mujeres.

-¿Qué importa la edad para interesarse por alguien que quieres, José? Creo que no tienes la menor consideración con tu mujer, y no sé por qué aguanta tu despotismo.

-Yo la trato bien. No me meto en sus cosas ni ella se ha quejado nunca de nada, con que déjame tranquilo con mi vida, que yo sé bien lo que hago.

De vuelta a su casa, José iba pensando en que Miguel era un calzonazos, como la mayoría de los jóvenes, incluidos sus propios hijos, que ayudaban en las tareas del hogar; y eso que intentó que aprendieran de él, pero sus esposas los habían vuelto del revés.

Su mujer tenía la cena preparada y, al entrar en la cocina, había una maleta cerrada. José, extrañado, preguntó si era de alguno de sus hijos, a lo que ella respondió:

-La maleta es mía, y según me respondas a lo que voy a decirte, la usaré o no.

José no estaba acostumbrado a escuchar a su esposa con la seguridad que tenía su voz. Ya estaba a punto de poner las cosas en su lugar, cuando ella le dijo:

-Cállate y escucha. Llevamos cuarenta y dos años casados, una larga vida que podía haber sido tranquila y feliz, pero no lo ha sido. Tú querías seguir los pasos de tu padre y lo has logrado, pero yo no soy tu madre; ella murió aguantando a tu padre, sin respirar otro aire que no fuese el aire viciado de su casa y no protestó jamás. A lo largo de todos estos años he

sido lo que tú querías: una mujer sumisa, sin voz ni decisión para nada que no fuese poner orden en esta casa. Pero lo que tú no sabes es que lo he hecho por nuestros hijos, para enseñarles a ser todo lo contrario que eres tú. Y lo son, y me siento muy feliz cuando veo que comparten lo bueno y lo malo con sus mujeres. Ahora ya se han ido y es hora de que yo también lo haga. Eso depende de ti; a mí me da igual quedarme que irme, pero si me quedo, será para decidir yo mi forma de vivir. Quiero salir, viajar; en una palabra, recuperar algo de lo perdido. Ah, y antes de que pienses que no me puedo ir porque me moriré de hambre, como cuentas que dijo tu padre, yo tengo donde vivir: la casa de mis padres y toda su herencia es mía; no necesito tu dinero para nada.

José no había dicho una sola palabra ni sabía qué decir. Todos los argumentos con que podía objetar se los había echado por tierra esta mujer, que no conocía. Solo observó, dolido:

-¿Tan mal me he portado contigo para que me hables con esa rabia? Yo siempre te traté bien; no te ha faltado de nada.

-¿No me faltó de nada? Me faltó lo principal: tu comprensión. Jamás te interesaste por saber cómo me sentía, si estaba agobiada o no. Más que tu mujer fui una criada. Nunca encontré en ti una mano que me ayudara, unos brazos que me apoyaran, ni un oído que me escuchara. Eso se acabó. De ti depende que me quede o que me vaya; solo que si salgo por esa puerta, no volveré a cruzarla.

José se sabía vencido. Pensamientos sombríos cruzaban su cabeza. Vio la soledad más absoluta a su alrededor y, por primera vez en su vida, se sintió desamparado; así que solo profirió unas palabras:

-Por favor, quédate.